

La encontró anegada en llanto y rebelde para la muerte: la dejó llena de esperanza y tendiendo los brazos á la consoladora de todos los pesares.

Desde aquel momento Jacobo trató solo de dulcificar lo más posible el terrible paso de la vida á la eternidad.

La enfermedad habia hecho al dia siguiente rápidos progresos y los sintomas más alarmantes.

Por momentos perdía la vista, y durante algunos intervalos, que cada vez eran más largos, subía la inflamacion de las piernas: tenia síncope y se creía que en uno de ellos sucumbiría la enferma: recobraba la palabra, pero lenta é ininteligible.

Así pasó el dia y la noche del 4 al 5.

Los dias 5 y 6 no fueron sino una larga agonía.

De vez en cuando abría la enferma los ojos y los fijaba en el retrato de su marido, al que veía como á través de un velo. Quería hablar, pero no podía articular más que una especie de soplo, en el que apenas se percibía el nombre de Jorge.

En la tarde del 6 se apoderó de ella el amodorramiento: á media noche hizo algunos movimientos efecto de la convulsion, y entre doce y una de la madrugada pronunció clara y distinta la palabra «adios,» y espiró. Jacobo Merey fué á la chimenea y paró la péndola á las doce y treinta y siete minutos.

Era á la misma hora en que Danton habia dicho haberla visto.

Jacobo cumplió en todo las instrucciones de su amigo: sumergió al cadáver en una disolucion de sublimado corrosivo, y la puso en un ataúd de roble, con cerradura, cuya llave guardó, y despues de las ceremonias religiosas, despues de la misa mortuoria, que celebró el obispo de Blois, fué depositado el cadáver de la digna criatura en el cementerio Montparnase.

El que la conducía á la última morada no adivinaba que en aquel país en donde habia contribuido á destruir la monarquía y la supersticion en el reinado del hijo de Felipe Igualdad, el arzobispo de Paris, monseñor de Quélen, rehusaría una misa á su cadáver y que le conducirían á la postrer morada sin sacerdote, sin preces y en medio de un concurso vengador de veinte mil ciudadanos.

## XXVIII.

## Regreso de Danton.

Durante la ausencia de Danton se habia formado una tempestad temible contra la Gironda,

Hemos explicado lo más breve posible cuáles eran los motivos de su impopularidad.

Los girondinos no se habian vuelto realistas, como decian, sino que los realistas, por lo ménos en el nombre, se habian hecho girondinos.

Se sabe habian gozado de mucha popularidad: la revolucion en el 20 de Junio y en el 10 de Agosto habia estado identificada con ellos.

Por su parte, los jacobinos no habian cometido excesos sino cuando, con razon ó sin ella, los habian creido necesarios á la revolucion.

Ellos habian hecho las jornadas de Setiembre.

Los girondinos miraban los actos del 2 y 3 de Setiembre como crímenes, y habian pedido se persiguiese á los autores de ellos.

Hicieron acusar en la tribuna á Robespierre, como ya hemos dicho: ¿por quién? ¿Por Roland, que representaba la integridad; por Condorcet, que era la ciencia; por Brissot, que simbolizaba la fidelidad; por Vergniaud, que era la elocuencia? No. Por Louvet, el autor del *Foblás*, es decir, por la frivolidad.

Robespierre contestó con dos falsedades.

Dijo que jamás habia estado relacionado con el comité de vigi-

lancia del municipio, y que habia dejado de asistir al Ayuntamiento antes de las ejecuciones.

Los honores de la sesion fueron para Robespierre. Aquel dia se formó la primera nube que oscureció la popularidad de la Gironda.

Se trataba de elegir nuevo alcalde; durante tres dias un zapatero de la calle Mancouseil, llamado Lhuillier, luchó con ventaja con el candidató girondino Chambon, el que fué nombrado con bastantes esfuerzos.

Señal siniestra y grave; la mayoría vacilaba entre la Gironda y los jacobinos.

Los jacobinos y la Montaña, creyendo indispensable la muerte del rey, la habian votado por unanimidad, sin próroga ni apelacion.

Pero los girondinos, al caer el rey, tuvieron la imprudencia de escribirle; despues, al llegar el momento de la votacion, habian votado sin unidad, unos la muerte, otros la muerte con apelacion y algunos la muerte con próroga.

Los girondinos estaban divididos, y habian dado motivo para que los jacobinos y los montañeses les echasen en cara su debilidad política.

Hemos dicho que Danton habia dado un paso hácia la Gironda, pero que esta se alejó.

Guadet le llamó setembrino.

Danton sacudió tristemente la cabeza, diciendo:

—Haces mal, Guadet; no sabes perdonar, no sabes sacrificar una idea á tu patria, eres porfiado; sucumbirás.

Y Danton dejó que la Gironda se precipitara.

Los girondinos habian tenido un ministerio puramente girondino; Rolland, Lariviere y Servan.

Este ministerio no habia sabido sostenerse.

Habian tenido un general girondino; Dumuriez.

Pero despues de haber ganado dos batallas, despues de haber salvado la Francia en Valmy y en Jemmapes, fué acusado de haberla salvado en favor del duque de Chartres.

Un viaje que hizo á Paris y algunas confidencias habian acrecen-

tado aquellos rumores, que no se atrevieron á desmentir los girondinos. Solo que Dumuriez tenia suerte, y por consiguiente era indispensable.

Pero de repente una granizada de noticias, á cual más pavorosas, cayó sobre Paris.

La primera, la sublevacion de Lyon.

Lyon, con sus casas de diez pisos, con sus sombrías bodegas; Lyon era el asilo de los agentes de la emigracion, de los sacerdotes refractarios y de los religiosos exaltados.

Los comerciantes ricos que no fabricaban, y los mercaderes que no vendian, se unian con los nobles y mercaderes; negociantes y nobles eran realistas y se apellidaban girondinos, pero habian armado un batallon de confederados que asaltaban á los municipales, destruian la estatua de la libertad y los bustos de Juan Jacobo Rousseau.

Otra acusacion que caia sobre los girondinos; pero todavía hubo más. Lo mismo que en el pánico de Valmy, habian huido quinientos hombres gritando por todas partes que el ejército estaba derrotado. Los fugitivos atravesaron la Bélgica, unos á pié y otros á caballo, diciendo que Dumuriez hacia traicion y que habia vendido á su patria.

¡Dumuriez, el general girondino!

Dumuriez habia cometido crímenes más graves aun que el de ser derrotado. Al pasar por Brujas le habian dado un baile.

Un jóven, al concluir una contradanza, se presentó á él diciendo que era comisionado del Cuerpo ejecutivo, y que se dirigia á Ostende y á Nieupoort para hacer montar las baterías y poner las dos plazas en estado de defensa.

El general le miró de reojo, y le dijo:

—Podeis concretaros á vuestras atribuciones civiles; ejecutadlas moderadamente y no os mezcleis en la militar; esa me concierne.

Otro comisionado, llamado Lintaud, le escribió una carta, en la que le tuteaba y le ordenaba marchase inmediatamente al socorro de Buremonde.

Dumuriez envió la carta al ministro de la Guerra con esta postdata:

«Esta carta debía estar fechada en Charenton (1).»

Y por último, un tercer comisionado, cuyo nombre era Cochelet, escribió al general Miranda, lugar-teniente de Dumuriez, ordenándole que tomara á Maestricht antes del 20 de Febrero, sin lo cual sería denunciado como traidor.

Fácilmente se comprende que aquellas querellas de Dumuriez con los agentes de la Convencion no le reconciliaban con los jacobinos.

Estas noticias causaron un gran tumulto en Paris, no solo en las calles, sino en la Convencion.

Una multitud inmensa se precipitó en la sala, invadiendo las tribunas y gritando desaforadamente:

—¡Abajo los traidores! ¡Abajo los contrarrevolucionarios!

Y en medio de aquel alboroto, varias voces exclamaron: ¡Danton! ¡Danton!

El tribuno, cuyo carruaje se habia hecho pedazos, y que habia andado treinta leguas á caballo, entró en la Asamblea cubierto de lodo.

Reinó un profundo silencio.

Entonces exclamó con voz de trueno:

—Ciudadanos representantes: el ministro de la Guerra no os dice la verdad; llevo de Bélgica; he visto todo; ¿quereis pormenores?

Setecientas voces gritaron: Hablad.

Entonces Danton, con la energía que le era propia, refirió lo que hemos relatado en el precedente capítulo.

Pintó á la honrada poblacion de Lieja; hombres, mujeres y niños abandonando sus casas, muertos de frio y de hambre por los caminos, refugiándose en Bruselas y cifrando toda su esperanza en Francia.

Pero ¿en dónde buscará Francia la esperanza para sí misma? Dumuriez marcha en retirada y parte del ejército está derrotado.

(1) La casa de locos de Paris.

—La ley de reclutamiento es demasiado lenta; es preciso que Paris ayude, añadió Danton.

Entonces de todas las tribunas, de todos los bancos se elevó un solo grito.

—¡Dumuriez á la barra! ¡Muerte á Dumuriez! ¡Muerte á los traidores!

Pero Danton exclamó:

—Dumuriez no es tan culpable como se cree. Se le ofrecieron treinta mil hombres de refuerzo y no se le han enviado. Es preciso que los comisionados recorran las secciones, llamen á los ciudadanos á las armas y les requiera cumplan sus juramentos. Es preciso dirigir una proclama á los parisienses: si se retrasan, todo se ha perdido; invadirian la Bélgica: armémonos, defendámonos, salvemos á nuestras esposas é hijos; que flote en el palacio del Ayuntamiento el pabellon nacional anunciando que la patria está en peligro, y que en las torres de Nuestra Señora ondee la bandera negra.

En medio de los aplausos y de los bravos bajó Danton de su puesto, pálido como un espectro, sombrío como la noche, y se dirigió al banco que ocupaba Jacobo Merey, no ménos sombrío y trastornado que su amigo.

Dos únicas palabras se cruzaron entre ellos.

—¿Muerta? preguntó Danton.

—Sí, contestó Jacobo.

—¿Y la llave?

—Aquí está.

Danton la tomó y salió de Tullerías como un loco. Subió á un carruaje de los que estacionaban durante las sesiones á las puertas de Tullerías, puso un *assignat* de diez francos en manos del cochero, y dijo:

—¡A escape! Travesía del Comercio.

El cochero arreó los caballos, los que partieron con la mayor rapidez que les fué posible.

En el puente Nuevo se detuvo porque otros carruajes le impedían continuar: Danton sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Paso!

Un cabriolé tenía enganchada una rueda con una carreta.

El cochero y el carretero pugnaban por remediar el mal.

—¡Paso! Eso se dice muy bien; dijo el cochero.

—Si puedes hacerte paso, hazlo; dijo el carretero.

El conductor del carro tiraba con esa mala voluntad y terquedad propia de los que conducen carros pesados, porque saben que un carruaje no puede con ellos. Sus dos corpulentos caballos continuaban andando y arrastraban al cabriolé y á su caballo.

Danton vió en la fisonomía socarrona de aquel hombre que era inútil pedirle nada. Abrió la portezuela, saltó al suelo, se acercó, y empujando vigorosamente con un hombro, hizo caer de lado á la carreta, y volviendo á subir rápidamente en su vehículo, gritó:

—Ahora, pasa.

Desde luego creyó Danton que con aquella prueba de fuerza y energía nadie se atrevería á disputarle el paso. Así sucedió: los carruajes que estaban detenidos le dejaron el camino franco, y cinco minutos despues llegaba á la puerta de la triste morada.

Subió rápidamente; pero al llegar al segundo piso se detuvo temblando: no se atrevía á llamar.

Por fin tiró del cordon de la campanilla.

Se oyeron pasos lentos que se acercaban.

—Esa es mi madre, murmuró Jorge.

Efectivamente, se abrió la puerta y apareció Mad. Danton.

Los dos niños habian salido á ver quién era por curiosidad: estaban vestidos de luto.

—¡Hijo mi! murmuró la anciana.

—¡Papá! exclamaron los niños.

Pero Danton pasó como si no los hubiera visto, entró sin decir nada y abrió todas las puertas como si pensara encontrar á la que habia perdido.

Al llegar á la última pieza entró como un loco en el dormitorio, abrazó las dos almohadas en que ella habia exhalado el último suspiro, y las besó convulsivamente lanzando gritos y derramando lágrimas.

La anciana se aprovechó de aquel momento de dolor para que sus hijos se arrojaran en sus brazos.

Danton los estrechó contra su corazon.

—¡Ah, dijo, cuánto habré sufrido al dejaros!

Despues tendió la mano á su madre, la acercó á sí y la besó en las dos mejillas, surcadas por las arrugas.

—Ahora, dijo, que me dejen solo.

—¿Cómo solo? preguntó la anciana.

—Madre mia, abajo hay un carruaje, subid dentro con los niños, conducidles en casa de Camilo, dejadlos allí y vos tambien quedaos al lado de Lucila, y decid á Camilo que venga; me precisa hablarle al momento: tomad otro *assignat* de diez francos para que permanezca el cochero á mi disposicion.

Diez minutos despues estaba Camilo en brazos de Danton.

—Es necesario que te des á conocer al comisario del distrito y que vayas con él al cementerio de Montparnase. El cuerpo de mi mujer está depositado en una bóveda provisional; el comisario de policia te autorizará para que pongan la caja en el carruaje, y la conducirás aquí. Deseo ver una vez más á la que tanto he amado.

Camilo no hizo observacion ninguna, y obedeció.

Se dió á conocer; nombró á Danton, cuyo nombre causaba tal terror que el comisario no se atrevió á discutir. Subió en el simon con Camilo, dirigiéndose al cementerio Montparnase; se hizo entregar la caja, que fué llevada por dos sepultureros hasta el carruaje.

Danton oyó ródar el coche y detenerse en la puerta: bajó, ó más bien se precipitó por la escalera, y dió las gracias á Camilo Desmoulins y al comisario, el que habia querido asegurarse si efectivamente era enviado por Danton.

Camilo quiso llamar á dos mozos de cuerda, pero Danton le detuvo, y cargando la caja sobre sus hombros, la subió al segundo piso.

En el dormitorio de su esposa habia preparado una mesa, y sobre ella colocó la caja.

Despues se volvió á Camilo, le tendió la mano y le dijo:

—¡Deseo estar solo!  
 —¿Y si yo no quiero dejarte solo?  
 —Te volveré á repetir: ¡Deseo estar solo!

Y pronunció tan enérgicamente estas palabras, que Camilo comprendió nada adelantaria con observaciones, y salió.

Frente á frente con el ataúd, sacó Danton la llave que le habia entregado el doctor, la dió dos vueltas en la cerradura y esperó un momento antes de alzar la tapa.

La muerta estaba envuelta en un sudario, que Danton desplegó.

Cuentan que entonces rodeó el cadáver con sus robustos brazos, lo arrancó del ataúd, y conduciéndole al lecho, trató de hacerle volver á la vida con un fúebre y sacrílego abrazo.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

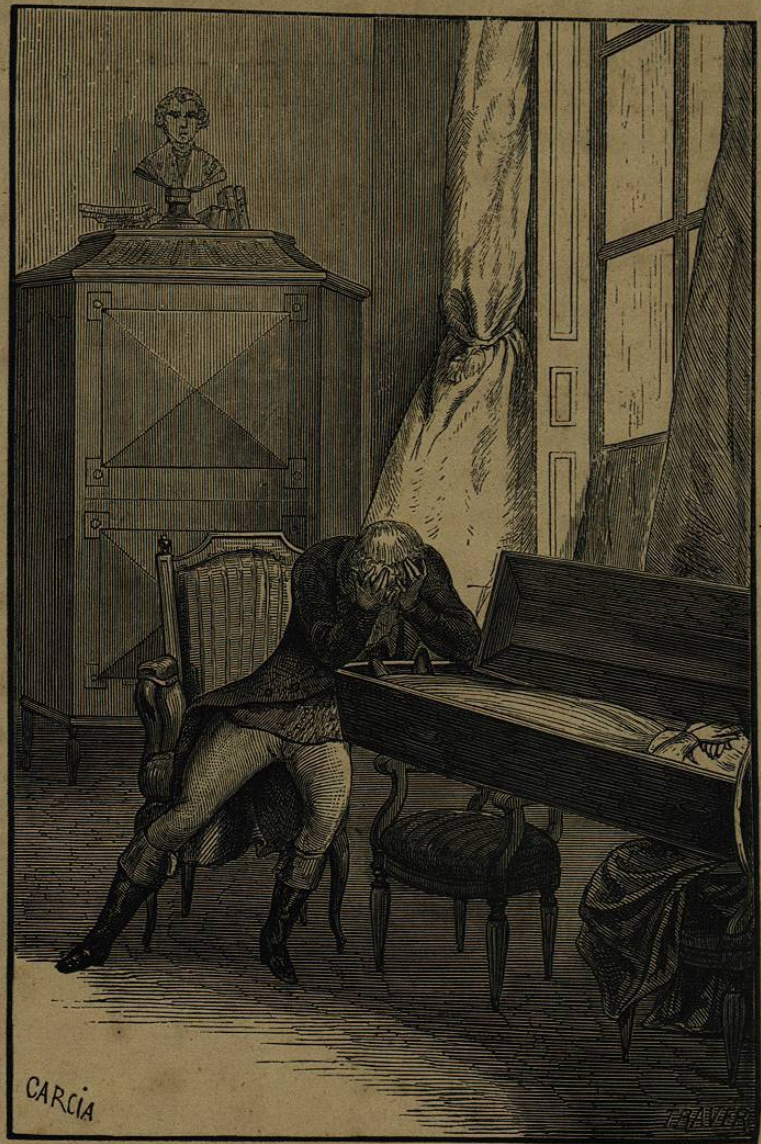
.....

.....

.....

.....

.....



Danton, llorando sobre el cadáver de su esposa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO